

MARIA LUISA.

Cumpliendo el propósito de concretar en lo posible nuestras leyendas, é indicar previamente los hechos verdaderos y las relaciones ficticias que forman el conjunto novelesco, nos apresuramos á exponer lo siguiente:

Antes de dar á la prensa la leyenda histórica que con el nombre de «María Luisa» publicamos en el año de 1896, ocurrimos al Señor Dr. Manuel Ortega Reyes pidiéndole su permiso para dar á luz, con el ropaje de la novela los interesantes sucesos que nos había comunicado, cuyo teatro fué, hace cien años, el convento de San Francisco. Desde luego el obsecuente Maestro nos dió su consentimiento para declarar, que la primera parte de la obra contenía la verdad, excepto los nombres de personas, sin hacer mérito de cierta exageración que demanda la dialéctica para esta clase de composiciones.

He aquí el extracto de la leyenda que hemos dividido en tres partes para que al ser leída pueda seleccionarse la verdad histórica.

PRIMERA PARTE.

Era el día 24 de Diciembre de 18.....

A la hora en que se oculta la última estrella en el cielo, y la brisa del crepúsculo viene á despertar á las aves y á besar á las flores, un repique á vuelo estalló en las torres de los numerosos templos de Oaxaca, dejándose oír entre aquel confuso y agradable ruido, la voz sonora de la campana mayor del reloj de la Catedral, que por tradicional costumbre, sóla- mente una vez al año agitaba su martillo con violencia, celebrando la fiesta de Navidad....

Amable por su genio y su virtud, y dotado de cualidades eminentes, era el padre José, un anciano alto y robusto, español de origen, pero mexicano por sus sentimientos, y Guardián perpetuo del convento de San Francisco por el voto unánime de sus hermanos.....

En aquel día, cuando la Comunidad llegó al refectorio, su buen Guardián le presentó un huésped distinguido que acababa de alojarse en el convento, como lo hacían algunas per- sonas notables cuando no había hoteles en esta ciudad.....

Durante la comida, Don Carlos, que así se llamaba el caballero, mantuvo con el Prelado la siguiente conversación provocada por las instancias que ya con fino gracejo, ya con cierta in pertinencia, le dirigieron algunos religiosos para que ingresara en la comunidad.

—La vida del claustro es fría y monótona, imposible para mí,—dijo Don Carlos;—no obstante, yo me haría fraile si Ustedes me proporcionasen, aquí, tertulias, banquetes, bai- les..... aunque no fuera con frecuencia.

—Nadie puede resolver los problemas de la Providencia,—contestó el anciano Guardián con acento de grave cortesía,—si esa es la única condición, todo lo tendrá Ud. y en esta noche buena, por principio, le daremos un festín.

—¿Y habrá buen vino?

—Sí, Señor.

—¿Concurrirán Señoras?

—Quizás.

—Con una me conformo..... Vea Ud., Padre..... Si me proporcionaran en este retiro un departamento con balcones al jardín, una biblioteca de mi gusto y una compañera de quince años, le aseguro que ya no saldría de aquí.

—Todo se puede tener para el servicio y la gloria de Dios.

—¿Todo?

—Sí, Don Carlos, dándome Ud. su palabra..... yo le proporcionaré..... cuando Ud. guste.....

—Hoy, si se puede.

—Sin duda, esta noche tendrá Ud. banquete, música.....

—¿Y la niña?

—También.....

—¿A qué hora?

—A las doce.

—Convenido. ¿Es hermosa?

—Como los ángeles.

Al oír los otros Padres tan atrevidas y poco edificantes afirmaciones de su venerable Superior, unos se santiguaron creyendo que había perdido la razón, otros se dirigían miradas maliciosas, y casi todos cesaron de comer.....

El Guardián condujo á su huésped hasta la celda que le tenía preparada.....

Lento, mudo, cargado con el peso de inefables sufrimientos, fué á sentarse Don Carlos ante la mesa y permaneció con la frente apoyada entre ambas manos.

Algo terrible pasaba en su corazón.

De repente se paró, dió vueltas á largos pasos en toda la extensión del cuarto hablando palabras ininteligibles, y volvió á sentarse con señales de fatiga y amarga melancolía.

Vacilando como si caminara entre tinieblas, se dirigió á su caja de viaje, sacó una gran pistola de chispa, y con febril violencia, se colocó la extremidad del cañón en el pecho, tirando del martillo que sonó ásperamente, pero el arma no dió fuego.

El desdichado intentó dispararse por segunda vez, y todo fué inútil; el ambiente húme- do del camino había descompuesto la pólvora.

Entonces, con los cabellos en desorden y los ojos inyectados de sangre, volvió á dirigir- se á la caja, y apresuradamente, como si temiera perder la ocasión de morir, tomó un paquete de sales, vació una parte en el vaso de agua, y mirando que los polvos no se disolvían, con la mano trémula y en movimiento giratorio, sacudió el vaso fuertemente, y se llevó á los labios el veneno; más en el acto volvió á ponerlo en la mesa porque había escuchado golpear suavemente la puerta, y la voz del padre José que le decía:—Señor Magistrado, aquí está la niña.

En el reloj del convento habían dado las doce.

El aturdido jóven corrió hasta la puerta extendiendo los brazos para impedir que se abriera, pero ya era tarde.

Un torrente de luz, de armonías y de perfumes inundó la estancia, y una lluvia de ro- sas cubrió el pavimento mientras Don Carlos retrocedía lleno de asombro hasta chocar con la pared.

Colocada en el umbral de la puerta, estaba como celeste aparición, una virgen cándida, modesta y hermosísima, vestida de aljofaradas flores y coronada de diamantes.

Arquetipo del cielo, apocalíptica escultura, preciosa imágen de la madre de Dios, con los brazos abiertos dirigiéndose al jóven, parecía envolverlo en sus miradas y decirle:—Yo soy la virgen del amor sin límites, venid á mí los que teneis pesares y os aliviaré: yo he su- frido mucho y sé consolar á los que lloran, mí amor es inmortal y mis caricias dan la gloria.

En aquella imágen hallábase algo superior á la belleza plástica.

Sus cabellos flotaban en ondas de oro salpicadas de perlas; sus ojos vertían raudales de luz celestial, su boca era una concha de nácar y su semblante iluminado por la luz prismá- tica de la fulgente diadema ofrecía todos los encantos de la mujer velados por la mística pu- reza de los ángeles.

Sobre su pecho y casi escondido entre las blondas de la túnica, mostraba un corazón de rubíes que parecía palpitar con amorosa trepidación.

A su lado, el sacerdote revestido con sus ornamentos sagrados, tenía en la mano un cáliz de oro cubierto con blancas telas de seda; inspirado por un fuego divino, murmuraba palabras de misericordia.

Al compás de una música suave cuyas notas remedaban suspiros y plegarias, salían del claustro inmediatos voces melancólicas y dulces que clamaban: «Ruega por nosotros, María, madre de los huérfanos, consuelo de los desgraciados, salud de los enfermos.»

—¡María! ¡María!—Exclamó Don Carlos con voz desgarradora, y se dejó caer en un sillón poniéndose ambas manos en la boca como si temiera descubrir algún secreto misterioso.

La música cesó, los Padres que habían llevado la estatua desde la iglesia, la colocaron sobre la mesa y pusieron á sus piés dos velas encendidas y un gran libro con broches de oro, retirándose inmediatamente.

Después de cerrar la puerta, el Prelado dijo cariñosamente á su amigo: —Ya tiene vd. á la virgen; ahora vamos al banquete.

Don Carlos no respondió; continuaba sentado pasándose á veces la mano sobre la frente como para desechar algún pensamiento que lo tiranizaba.

Su pecho se deprimía y se ensanchaba con precipitación, y sus lágrimas rodaban hasta el suelo.

El momento era grande y solemne.

La mesa del suicida se había convertido en altar de la misericordia.

El sacerdote, aproximándose á la mesa se inclinó profundamente, colocó el cáliz á los piés de la imagen, y alzó los ojos al cielo exclamando con aire de inspiración:

«Llego ante el altar de Dios que me rejuvenece y me consuela»..... «Quiero bañar mi corazón en la fuente de la vida.».....

Concluida la misa de Navidad, el Padre José, contemplando cariñosamente á Don Carlos, le dijo:

—Adios; he cumplido mi palabra, y dejo á vd. muy bien acompañado.

El jóven abrazó al bondadoso anciano contestándole:

—No, Padre, no me deje vd. solo. Está hundido mi corazón en un abismo de pasiones..... Me quedo en el convento, pero..... necesito decirle todo lo que sufro, y depositar en su seno mi pasado y mi dolor.....

—En el seno de Dios que todo lo sabe y todo lo perdona,—repuso el Padre con acento convulsivo.

Una ráfaga de viento apagó las velas y la celda quedó en completa obscuridad.....

Dos días después una fiebre devoradora estaba agotando la combatida existencia del viajero, y muy pronto se supo en México el fallecimiento del Licenciado Carlos Félix de Miranda.

### SEGUNDA PARTE.

Don Carlos no murió.....

El día en que se vió aliviado, dijo al Padre José:—Me quedo aquí, el hombre nuevo pide á vd. un asilo en esta casa adonde no llegan las olas que azotan á la sociedad..... Yo haré circular por todas partes la noticia de mi muerte.—

Desde entonces consagró sus días al estudio, al trabajo y á la beneficencia; no quiso profesar, pero vestido con el tosco hábito de la Orden hacía las labores más humildes y repartía entre los pobres su cuantiosa fortuna.

Un día, cuando estaba convaleciendo de la fiebre, fué á buscar el aire libre en la huerta del convento: sentóse con el Padre José al pié de un álamo cuyas hojas caídas formaban, al parecer, una alfombra de rosas blancas, y le contó su historia que en extracto es como sigue:

Su padre, ilustrado y rico propietario de la Capital, era oriundo de Michoacán, y educado por el Cura Hidalgo, se unió con él al iniciarse la insurrección; habiéndolo acompañado en la batalla de las Cruces, fué hecho prisionero por los españoles fugitivos que pronto lo fusilaron, confiscaron sus bienes y pusieron en prisión á su esposa.

Entonces Don Carlos, á la edad de siete años, quedó bajo la protección de un pariente que poco lo estimaba y menos lo atendía.

Después de algún tiempo la viuda quedó en libertad; sólo le devolvieron una parte de su fortuna que dedicó á la educación de su hijo y á diversas obras de caridad; una de éstas fué la protección á una niña recogida de la última clase del pueblo, que llegó á inspirar á Don Carlos una pasión avasalladora.

La novela continúa con diversas narraciones y episodios que serían aquí muy extensos.

En uno de aquellos pasajes Don Carlos describe á María Luisa en estos términos:— Aquella criatura inexplicable era hermosa y gallarda como antílope; tenía la mirada de la noche y la sonrisa de la mañana; su tez mórbida y pura, ofrecía el tinte de las rosas y el terciopelo de los lirios; me parecía que la primavera vivía en su alma, y que todo lo alumbraba con el fuego de sus ojos orientales: el amor que calla es el verdadero amor: yo escondía mi cariño como una flor guardada en el alma, y María por su parte sin decir su amor lo exhalaba como un aroma en torno suyo.—

La vigilante madre de Don Carlos sospechando ó sabiendo lo que pasaba, dispuso que su hijo fuese á terminar sus estudios en España.

Allí permaneció algunos años hasta que recibió aviso de que la autora de sus días se hallaba muy enferma, y cuando llegó á México solamente pudo encontrar su sepulcro.

Para colmo de fatalidades, su tío le participó que María Luisa, contagiada de fiebre por asistir á la Señora, también había muerto.

Era el tiempo en que la insurrección triunfaba, y como hijo de uno de los primeros mártires de la Independencia, Don Carlos recibió títulos y honores, y la fortuna entera que se le había confiscado á su padre.

Rico y poderoso, pero sólo en el mundo, y recordando siempre á las dos personas que tanto había querido, no sabiendo qué hacer de su tiempo y su fortuna se dedicó al estudio; pronto fué Abogado y aceptó el cargo de Juez de la Capital con la idea de olvidar sus pesares por la constante atención del tribunal.

Y sucedió, que cierta noche fué llamado á conocer de un asesinato cometido en una casa de vecindad con circunstancias espeluznantes; y al día siguiente, visitando la cárcel para tomar las declaraciones legales, quedó sorprendido de manera inexplicable al encontrarse con María Luisa que no había muerto como su tío lo aseguró, si no que, ultrajada por el mismo fué despedida de la casa, y después rodó miserablemente por el camino de la perdición hasta ser la responsable de aquel asesinato.

Aquí continúan varios capítulos en que Don Carlos confiesa haber prevaricado poniendo en libertad á la culpable, y haberse equivocado creyendo que con sus consejos, con su dinero y sus buenas intenciones podría llegar á regenerarse aquella jóven desdichada.

Permítasenos trascribir algunos párrafos en que habla Don Carlos:

—María, tu no eres culpable; has sido presa de un vértigo fatal. El mundo no comprende los riesgos de la mujer que vive abandonada á sí misma; cuando algún desocupado corta las alas á una mariposa, viene otro y, creyendo que es gusano, la pisotea..... La sociedad injusta no concede iguales derechos, pero exige los mismos deberes á la niña de alta cuna, guardada y protegida por todos, que á la pobre hija del pueblo, criada en la servidumbre, como si no fuese capaz de sentir un amor santo y noble; en vez de darle buenas costumbres, la expone al precipicio, y luego la juzga y la condena sin mirar que aquel daño infinito es obra suya.

María Luisa se estremeció, y secó el llanto que derramaba involuntariamente: yo continúe:

—Esa eres tú, María, huérfana hermosísima, dotada de gigantescas pasiones y falsamente persuadida de que te habían robado el primer cariño de tu corazón, ¿qué habías de

hacer?.....Y ahora, ¿qué harás?.....tú ya no eres la jóven que se pudiera enerrar en un colegio; el ave acostumbrada á volar de árbol en árbol, se muere de tristeza cuando la guardan en la jaula.....Si tú quieres, velaré por tí desde lejos; tendrás maestros que te instruyan, y respetos que te honren.....Cuando hayan pasado algunos años, si aprendiste y observaste los deberes de la dama honesta y fuerte, iremos á vivir donde no te conozcan, y te daré mi honra y mi nombre.....

Cuando acabé de hablar, María continuaba llorando, y me contestó profundamente conmovida.

—Toda mi vida te serviré contenta y agradecida: tú eres mi padre.....

Termina la segunda parte de la leyenda narrando cómo fué engañado, escarnecido y burlado el crédulo Don Carlos por aquella mujer que, á pesar de su corta edad, poseía instintos y costumbres de malevolencia bajo el manto de una inteligente hipocrecia.

Persuadido de su desgracia con pruebas inexcusables, y encontrándose en ridículo ante la gran sociedad que frecuentaba, llegó á sentirse sin valor y sin juicio para soportar la vida, y dispuso quitársela viniendo á Oaxaca con tales intenciones.

Al terminar su narración, exhaló un sollozo, y arrojándose á los brazos del anciano, apenas pudo decirle:—¿Qué hago, Padre? ¿Qué hago?—

El sabio Guardián, que conocía maravillosamente el corazón humano, abrazó al pobre jóven, y por entonces guardó silencio esperando la acción de la Providencia.

### TERCERA PARTE.

El Padre José, con sus atenciones y consejos logró salvar á su amigo de las garras de la muerte, pero muy pronto se persuadió de que no podía curarse la fiebre de su alma.

Don Carlos, insensible á los discursos del Padre, guardaba silencio, y sólo una vez le habló de esta manera:

—La experiencia es inútil para dirigir las pasiones.....Me estremesco sintiendo hasta qué grado de miseria puede bajar el espíritu del hombre cuando pospone el pensamiento de la Divinidad al profano amor de la criatura.....A veces creo que el cielo me ha quitado la razón. La fuerza del deber y la voz de la conciencia no consiguen más que prolongar las agonías del corazón.....Quisiera beber hasta el fondo en la copa del olvido.....y no sé qué hacer.....—

Así pasó algunos años sin dejarse ver de personas extrañas al convento, y procuraba por diversos y ocultos medios agotar su fortuna en obras de beneficencia.

Uno de los diversos episodios de esta última parte es la aparición de un antiguo criado de Don Carlos, que llegó á saber la existencia de su amo en Oaxaca; más solamente pudo hablar con el Padre José y le comunicó, que había intentado asesinar á María Luisa cuando le contaron su infame proceder; pero por violencia ó por equivocación mató á un hombre que visitaba la casa cedida por Don Carlos á María.

En aquellos tiempos cayeron sobre Oaxaca simultáneamente dos plagas terribles; el cólera morbo y una de tantas revoluciones de las que conmovieron á México durante muchos años en el siglo XIX.

Según los datos adquiridos por un sabio de aquella época, la peste salió de la India Oriental á principios del Siglo, y empleó diez y seis años para recorrer una extensión de cin-

co mil kilómetros de Norte á Sur, y catorce mil seiscientos de Oriente á Poniente, invadiendo con sus horrores mil cuatrocientas poblaciones y arrebatando cuarenta millones de individuos. Como un conquistador irritado llegó á México el mensajero de la muerte seguido por un ejército invisible de microbios devoradores. El cielo se cubrió con nubes color de plomo, la atmósfera saturada de gases mortíferos estaba tibia y amarga; el hombre inclinó la frente con pánica tristeza bajo tan inmenso castigo, y la eternidad abrió sus puertas para recibir á las víctimas.

En aquella situación el Padre José y Don Carlos Félix convirtieron el claústro en albergue de coléricos y hospital de sangre.....

Cuando el cólera se apareció en la infeliz Antequera, por todas partes se veían semblantes pálidos y puertas cerradas.

Los cobardes y los creyentes iban temblando á la casa del médico y á la casa de Dios, mientras que los *espíritus fuertes* se ocultaban en las suyas igualmente para temblar sin que los viesan.

Las campanas tocaban á muerto con triste clamoreo.

El Viático era llevado de puerta en puerta; muchas casas quedaron deshabitadas; en otras solo se oía rezar el oficio de agonizantes, y en las bocacalles reuníanse los cortejos fúnebres para seguir el camino del panteón.

Tres golpes de una campanilla y el eco de una voz imperiosa que gritaba: «El carro» anunciaba á los pobres el penoso deber de abandonar en un inmundo carretón los cadáveres de sus padres ó de sus hijos para que fuesen arrojados y confundidos en la fosa común de los coléricos.

Las boticas y las iglesias estaban llenas de gente, y la voz del púlpito recordaba el juicio de Dios.

Los viciosos se arrepentían, los deudores pagaban, y los ~~infelices~~ <sup>infelices</sup> pedían perdón.

Los padres de familia, como generales en un día de batalla, veían caer á su lado y morir uno á uno todos sus hijos, hasta que rodaban ellos mismos heridos mortalmente.

Dos amigos se aplazaban en la noche para verse al día siguiente, y antes del amanecer estaban en la eternidad.

Los médicos iban y venían pudiendo trabajosamente acudir á los llamamientos de todas partes, y los agentes de policía eran pocos para contar las víctimas.....

En aquel año funesto, una parte del Estado de Oaxaca desconoció al Gobierno de la Capital, y comenzó la guerra con sus venganzas y sus horrores.....

Un cañonazo disparado en el cerro de la Soledad al anochecer de un día lluvioso anunció que había llegado la hora de la matanza.....

«Las revoluciones que no tienen por objeto libertar á un pueblo son abortos de la falsa política y el malestar de la sociedad.»

Oaxaca entonces soportó un largo sitio en que los soldados peleaban, como muchas veces, sin saber por qué, y los jefes por ambición de mando.

De una parte la reacción conservadora, y por otra el enciclopedismo revolucionario, dividieron largo tiempo la Nación y deshonraron los principios que defendían.

Don Carlos descubrió su nombre y salió del convento, no solamente para ayudar al Padre José acompañándolo á repartir auxilios á los coléricos, sino también ingiriéndose de manera sabia y pacífica en la política militante.

El Padre José y su noble compañero que, en honor á la verdad, eran respetados y queridos por las dos facciones, obtuvieron un armisticio y propusieron una transacción que dejaría en paz al Estado y contentaba hasta cierto punto á los dos bandos.

La iniciativa fué recibida bien por los políticos de buena fé, que con gusto depusieron sus armas ante la magistratura del talento; pero todo fracasó por culpa de algunos hombres de secta y de partido, defensores de intereses particulares.

El premio que alcanzaron los generosos mediadores fué la maledicencia y el desdén; y continuó la lucha de hermano contra hermano.....

Una noche el fuego de ambas partes se hizo más violento, y las granadas que enviaban los sitiados del fuerte de Santo Domingo causaban gran perjuicio á la parte baja de la ciudad: uno de aquellos proyectiles, entrando por la ventana de la *Capilla de la Virgen*, al reventar hizo un gran surco en el pavimento muy cerca del lugar donde el Padre José pedía perdón para los culpables y paz para los muertos.

Momentos después llegó Don Carlos á participarle que los sitiadores levantaban el campo haciendo fuego en retirada y habían dejado en un cuartel gran número de heridos.

—Vamos á traerlos—dijo el Prelado, y ambos se dirigieron al cuartel acompañados por algunos mozos con linternas.....

Después de varias escenas cuya narración sería larga para este lugar, estaba Don Carlos examinando con su linterna una sala donde se habían aglomerado varios enfermos confundidos con los muertos del último combate, cuando repentinamente llamó al Guardián diciéndole en voz alta:—Venga Ud., Padre; aquí está una mujer agonizando.—

En aquel suelo húmedo, sobre una estera inmunda, teniendo por almohada un rollo de harapos, estaba tendida una jóven que luchaba con las convulsiones del cólera.

Pálida y bella, casi desnuda, con el cabello destrenzado y la cabeza vuelta hácia atrás, lanzaba por todas partes miradas moribundas.

Parecía una flor marchita en la mañana de su vida, una paloma muerta y pisoteada en el fango.

Don Carlos aproximó la luz cuanto pudo; entonces la enferma tuvo un estremecimiento, lanzó un grito de terror, y cubriéndose el rostro con la mano exclamó:—¡Dios mío! ¡El muerto!—y quedó desmayada.

A la vez Don Carlos tiró el farol gritando:—¡María Luisa! ¡María Luisa!

La pieza quedó completamente oscura.

En el arrebato del momento, el amante de María se arrojó sobre ella para estrecharla en sus brazos, pero el anciano lo detuvo diciéndole con voz terrible:

—Valor, amigo mío, lo que precisa es un médico. Vaya vd. á traerlo porque esta mujer se muere.

El jóven obedeció maquinalmente, corrió como un loco en las tinieblas, pisando los cadáveres tendidos en el corredor, y se lanzó á la calle.....

Cuando volvió con el médico el amante de María, después de haber corrido por las calles despreciando las burlas de los dispersos, y los silvidos de algunas balas perdidas, María Luisa había muerto.

Era media noche; la soledad, las tinieblas y la muerte dominaban en el cuartel abandonado.

Como el Padre José mientras lo dejó Don Carlos, escuchó la confesión de María, supo, que después de muchas desgracias y miserias, llegó á Oaxaca uniendo su suerte á la de un soldado brusco y vicioso que había muerto el día anterior.....

—Era una mujer de grandes pasiones:—dijo el Guardián tristemente:

Era un ángel que Lucifer arrastró al mundo, y el mundo le cortó las alas—replicó Don Carlos con amargura.

Después de unos instantes de angustioso silencio, alzó la frente diciendo:—Padre: ahora ¿qué hacemos?

—Vamos á darle una sepultura digna de su postrer arrepentimiento—contestó el anciano envolviendo el cadáver en su propia capa.....

Entonces Don Carlos, ardiendo todvía en aquella pasión que lo había subyugado siempre, se arrojó sobre el cuerpo de María, lo abrazó como si quisiera deshacerlo ó inspirarle

nueva vida; y poniéndolo sobre su hombro derecho, salió de aquel triste lugar precedido por el Padre que llevaba el farol.

María Luisa gravitaba sobre Don Carlos aún después de la muerte.....

El convoy fúnebre se dirigió al templo de San Francisco, y los dos amigos enterraron el cadáver en el mismo lugar donde pocas horas antes había estallado la granada.

Triste destino el de aquella mujer excepcional, que después de haber pasado su vida en la constante anarquía de las pasiones, hubo de hallar un sepulcro en el hueco que abriera el proyectil de la revolución!

Al día siguiente el guardián del convento, al entrar en la Capilla de la Virgen encontró á Don Carlos Félix de Miranda postrado, rígido, muerto, abrazando el sepulcro de aquella mujer tan querida, tan ingrata y tan funesta.....

XVIII.

EL PERRO NEGRO.

Las escenas que vamos á referir nos fueron comunicadas por uno de sus actores.

En la primera mitad del siglo XIX, á pesar de las luces de la época, todavía quedaban en Oaxaca, como quedan hoy y existen en todas partes, individuos, preocupados unos, y otros maliciosos, que inventan consejas é historias de muertos y aparecidos, si bien emanadas de acontecimientos naturales y verdaderos.

Sucedió que los moradores de las casas próximas á la manzana número.....comenzaron por sospechar, y terminaron afirmando que un gran perro negro, arisco, lanudo, é intangible, con ojos que arrojaban chispas, entraba y salía de una de las casas de aquel rumbo á diversas horas de la noche, procedente del panteón á donde se ocultaba durante el día.

Por algún tiempo *el perro negro* dió alimento á las conversaciones de la gente asustadiza; tuvieron las niñeras pretexto con qué hacer dormir á los chicos, y los padres de familia cuidadosos, aprovecharon la oportunidad para cerrar sus casas desde el anochecer.

Hubo quien afirmara que *el perro negro* era un difunto disfrazado que iba todas las noches á su casa para terminar cuentas pendientes, y no faltó quien dijera ser el mismo demonio que se complacía en visitar á sus amigos del barrio.

El hecho era cierto: más de un observador despreocupado pudo ver al torcer una esquina ó al entrar en su casa, un perro grande que sigilosamente se arrebujaba en alguna puerta cerrada, ó se deslizaba en la pared sin hacer daño alguno.

Repentinamente cesó la aparición y el espanto causado por *el perro negro* asegurando algunos haberlo visto muerto y comido de otros perros en la puerta del panteón; y otros dijeron que había huido para siempre ahuyentado por las oraciones y los conjuros de personas piadosas.

Todo quedó en el misterio, y la leyenda de *el perro negro* llegó á la siguiente generación como una de tantas invenciones vulgares; mas he aquí que pasados cincuenta años, un caballero digno de respetos y estimación nos aseguró que él había conocido al *perro negro*, grande y buen amigo suyo, á quien una noche fatal, le suministró sendos bastonazos.

El caso fué que en la casa número.....de la calle de.....vivía sólo con su esposa y la servidumbre, un personaje rico, ilustrado, respetable y querido en la sociedad, pero marido muy confiado, y también, á pesar de sus grandes cualidades, tenía la costumbre de pa-